

achaques y dolencias humanas no fuesen bastantes para probar su vocación y abnegación ha de extender la lucha a la plaga social de curanderos, charlatanes, milagreras, etc., etc., que se extiende por las urbes, cual endemia infecto-contagiosa que diezma paulatinamente las poblaciones, explotando al vulgo y desgraciando a los incautos, a la vez que desdeñando al hombre de carrera.

Y para llegar a esta lucha, de desesperación algunas veces, en la que casi siempre cosecha la ingratitude más ruda, ha gastado las energías de su juventud, la fortuna de sus padres y la suya propia, en matrículas, libros y otros gastos y ha expuesto constantemente su vida en las salas de disección y anfiteatros anatómicos primero y en las salas de enfermos nosocomiales cuando el adelanto de su carrera le lleva a la práctica hospitalaria.

El sacrificio, pues, que se impone el médico es grande, inmenso, colosal, y no sólo es de índole moral, sí que también material. Pues el médico para actuar como tal, para *inspirar confianza a sus clientes* si los tiene o a los que desea tener, se ve obligado en muchas ocasiones a aparentar una situación desahogada que no tiene y hacer ostentación de riquezas que no pesee.

Al médico se le obliga a vivir en bajos, céntricos y lujosos pisos, a montar amplios gabinetes de consulta y de reconocimientos, repletos todos de material adecuado a los modernos procedimientos científicos de exploración y curación.

Y a instalar salas y antesalas de espera para sus clientes, con todo el confort apetecible, adornados con variedad de muebles de exquisitos gusto y riqueza sólo comparables a los grandes salones mundiales en los que se reúnen encopetados aristócratas y damas de la más refinada sociedad.

Es esto el desarrollo de una verdadera comedia social en que no se busca al médico bueno, de capacidad intelectual reconocida, sino al que sabe y puede visitar con toda pompa y boato, como si se tratara de un *industrial de gran reclamo*.

Y no es de extrañar con esto, que el médico novel, el que no tiene una numerosa clientela y apenas tenga un presupuesto de ingresos indispensable para la vida, al verse postergado se desespere y acuda algunas veces a medios reprobables si no quiere morir de hambre. Sabida es de todos la historia de aquel médico que con conocimientos suficientes ejercía modestamente, pero digna y

honradamente su profesión y por no tener medios suficientes para su alimentación con lo poco que ganaba tuvo que cambiar de rumbo y hacerse curandero. Como curandero en un pueblo lejano al que antes ejercía tuvo muchos clientes, contándose entre ellos a enfermos del pueblo en que había sido repudiado. ¡Fatalidad del destino y de la necesidad del vulgo!

El médico, que al fin no es otra cosa que un *obrero intelectual, un obrero de chaquet o levita*, para quien nada, absolutamente nada, se ha legislado en su favor, al revés de lo que se ha hecho para el obrero manual, para el obrero de blusa y alpargata, para quien se han publicado leyes protectoras contra accidentes del trabajo (con satisfacción de todos), leyes reguladoras con limitación de horas de jornal, descanso dominical o semanal, aumento de salarios, disposiciones para el ahorro y de protección para los casos de invalidez o de vejez, se encuentra hoy en peores condiciones que éste. Pues considerado como hombre perteneciente a la clase media, aunque en realidad sea pobre, sufre todas las contingencias de aquella y no puede aprovecharse de ninguna de las ventajas de éste. ¡Burlona ficción la suya! (1)

Bajo este concepto no deja de ser muy triste la situación del médico y más en estos tiempos llamados de *renovación social* en que ha visto reducir sus rentas y no ha podido ensanchar su campo de acción. Nada de particular tiene, pues, que el médico que no pudiendo reducir sus gastos, antes al contrario, los ve elevarse cada día más, sufra y se desespere pensando en un funesto porvenir y como mísero obrero clame de puerta en puerta, de cliente en cliente, para que le aumenten en lo que puedan su jornal y contribuyan entre todos a su propio sostenimiento y al de su familia.

Es, pues, la carrera de médico, de grande vocación y sacrificio. Y si a estas dos nobles condiciones unimos la de que al médico *le hizo Dios*, es muy lógico que acatemos el carácter sacerdotal que se le da.

AGUSTÍN RIUS

(Continuará)

(1) La tercera Conferencia Internacional del trabajo celebrada últimamente en Ginebra, con asistencia de Delegados de las Naciones, se ha ocupado de este paoroso asunto. Y el Comité que reside en París trabaja activamente para dar adecuada solución al llamado *problema del obrero intelectual*.

